

Trono de la Divinidad, cuando las notas, son como en esta ocasión, propias y dignas de la Euterpe Cristiana.

Concluida la Salve pasaron sus magestades y altezas al pequeño camarín de la Virgen para verla mas de cerca. En este momento solemne y cuando ya quedaban pocos que desperdiciar para que se realizáran los deseos de la Hermandad, de los que S. M. no tenia noticia, el mismo comisionado D. José Ramon Garcia se acercó al Excelentísimo Sr. Presidente del Consejo de Ministros. Duque de Tetuan y en breves y sentidas frases le manifestó el encargo que se le habia confiado y el vehemente deseo de que lo pusiese en conocimiento de S. M. la Reina. El ilustre vencedor de Africa oyó esta súplica con la mayor amabilidad y haciéndose partícipe de los sentimientos que la impulsaban, los interpretó al momento, dirigiéndose á S. M. la Reina, y esponiéndolos tan fiel como lacónicamente. Pocas palabras bastaron para que la piadosa Reina Isabel se penetrara de todo, y con acento conmovido y con un fervor indescriptible pronunció estas notables palabras: «Sí, sí, quiero ser Hermana Mayor y protectora de la Hermandad de la Virgen del Mar, y que lo sean mi Esposo, el Príncipe de Asturias y la Infanta Isabel. Quiero además que consten como hermanas nuestras dos hijas pequeñas que están en Madrid, y nosotros firmaremos por ellas.» En seguida estampó su Real firma autorizando el acta. Despues firmaron sucesivamente S. M. el Rey, el Serenísimo Sr. Príncipe de Asturias y la Serenísima Infanta Doña Isabel. Por último, y para que en todo se cumpliera la Soberana voluntad de S. M. la Reina, escribió á continuación su augusto Esposo las palabras que literalmente transcribimos. «Por nuestras dos hijas pequeñas, las infantas Doña María del Pilar y Doña María de la Paz Juana» y estamparon debajo sus rúbricas los dos augustos Esposos. Nada mas tierno, nada mas conmovedor y patético que el cuadro que se presentó en el pequeño camarín de la Reina de los ángeles: al pié de su Trono estaban los Reyes de España y sus Excelsos hijos, dando un público y solemne testimonio de su fervorosa piedad, y dejando en Almería perpétua é imperecedera memoria de que en sus venas está abundantemente infiltrada la generosa sangre de Hermenegildo, y de que son dignos sucesores de Recaredo y de San Fernando. Aquel tierno espectáculo conmovia todos los corazones y los llenaba de un santo entusiasmo, que en la imposibilidad de expresarlo con gritos y aclamaciones, se revelaba en los semblan-

tes de todos, bañados de copiosas lágrimas. Pero este cuadro, aunque grande y magnífico, quedaria sin su efecto si omitiéramos algunos detalles que, fieles historiadores, debemos expresar con minuciosidad.

Lo reducido y estrecho de aquel recinto, lo apremiante de las circunstancias, y aun la misma incertidumbre de poder encontrar ocasión oportuna para manifestar á S. M. los deseos de la Hermandad hicieron que no se pudiera colocar en aquel sitio la mesa destinada para que SS. MM. y AA. hubieran escrito con comodidad. Pero esta misma circunstancia hizo el cuadro mas interesante, mas sublime. Sus magestades y altezas firmaron el acta de pié y ante el Trono de la Virgen del Mar; á falta de mesa sostenian el libro abierto mientras firmaban las Reales personas los sacerdotes D. José Ramon Garcia y D. José Espadas y Cárdenas; y como es natural tenian que sostenerlo á una altura proporcionada y conveniente. Así es que al firmar el tierno vástago D. Alfonso se formó un grupo encantador, digno del pincel de Cano. S. M. el Rey profundamente inclinado apoyaba y dirigia la manecita del Augusto Príncipe de Asturias que tenia á su izquierda á la excelsa Infanta D.^a Isabel, sosteniendo tambien por su lado un extremo del libro. A la derecha del Rey estaba su magestad la Reina que, llena de fervor, y tambien inclinada profundamente, animaba con su espresiva mirada á su tierno hijo y manifestaba todo el entusiasmo religioso, toda la maternal complacencia de que rebosaba su piadoso corazón, y que se revelaban en una lágrima que asomaba pura y trasparente á sus hermosos ojos. Delante del Príncipe estaban arrodillados los dos sacerdotes que sostenian el libro; á su espalda el venerable cura de la Parroquia de San Pedro revestido de capa pluvial; alrededor los Excelentísimos Sres. Duque de Tetuan, el Confesor de S. M. y Excm. Sra. Aya del augusto D. Alfonso y otros personajes de la régia comitiva, que llenos de admiración y respeto contemplaban enternecidos aquel magnífico cuadro en que sobresalian mas que todo la bondad de nuestros Reyes, que para un acto de piedad saben prescindir, si es necesario, de las severas fórmulas que la etiqueta tiene señaladas á su alta y distinguida posición.

Despues de esto S. M. la Reina hizo varias preguntas relativas á la aparición de la Virgen en nuestras playas, y al sostenimiento de su culto, y ofreció regalar un traje á la Divina Patrona. Espresó además lo mucho que le habia agradado la Salve, cuya par-

titura encuadrada le presentó don Juan de M. Garcia, en nombre del autor D. Pedro Orihuela: manifestó lo muy complacida que iba de todos los habitantes de Almería, prometiendo venir mas despacio á visitar esta noble y leal ciudad, y prodigando á todos los circunstantes mil cariñosas frases.

Empañariamos este cuadro si nos atreviésemos á hacer algunas reflexiones. La sencilla narración de los hechos habla al corazón con mas vigorosa elocuencia que pudiéramos nosotros hacerlo; pero nunca, nunca se presentan los Reyes mas grandes, mas dignos de admiración y respeto, y sobre todo, del cariño de sus pueblos, que cuando llenos de piedad dan estos sublimes ejemplos de amor y veneración á la religion del Crucificado.

La católica Isabel II, su augusto esposo, el Príncipe heredero y toda la régia estirpe, han dejado en el templo de la Divina Patrona de Almería un monumento eterno que conservarán las generaciones venideras llenas de gratitud, con tanto cuidado y veneración, como el glorioso estandarte que nos dejó la primera Isabel. Este representa á la Reina conquistadora de Almería, que la libertó del yugo mahometano; aquel presenta á la Católica Isabel II y á su preclara estirpe conquistando todos los corazones con su relevante piedad y acendrado amor á la Religion de los españoles, piedad que nos impone dulcemente el suave yugo del amor á nuestros Reyes, y que nos haria derramar hasta la última gota de nuestra sangre por defender y conservar su noble y querida dinastía.

Entre los varios libros que se le entregaron á S. M. figura el himno compuesto por doña Alicia O'connor, música y letra de la misma, con otros walses de bastante mérito que han llamado la atención en Madrid, en donde han sido oídos con extraordinario aplauso. Hé aqui la letra de este himno que hemos tenido la suerte de que llegue á nuestro poder.

HIMNO A SS. MM. Y AA.

MUSICA Y LETRA DE LA SEÑORA DOÑA ALICIA O'CONNOR DE IRIBARNE.

Gloria, honor á Isabel de Castilla
Que á esta playa se digna arribar;
Nuestra Reina aparece en la orilla
Cual Sirena que impera en la mar.
Almerienses, cantad á la Reina
De la Iberia la joya sin par.
Que cual otra Isabel grande y buena
Ha sabido al infiel dominar.

Estrofa

Este pueblo morisco, Señora,
que otra Augusta Isabel conquistó,
hoy cristiano á sus reyes adora